

libro al
viento



UN

CORAZÓN

Gustave Flaubert

SENCILLO

Traducción de
Alfonso Conde Rivera



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Catalina Valencia Tobón

Directora General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Mauricio Galeano Vargas

Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba García

Gerente de Literatura

Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero

Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica

Molina, María Camila Jaramillo Laverde,

María Eugenia Montes Zuluaga,

Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, diciembre de 2020

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Alfonso Conde Rivera, por la traducción

© Fredy Ordóñez, por la presentación

Camila Cardeñoso, diseño de la colección BastardaType y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

Nadar, por la imagen de la página 68

Freepik, por la imagen de la página 74 y de cubierta

ISBN: 978-958-5595-48-4

Buenos y Creativos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Febrero de 2022

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

UN
CORAZÓN
SENCILLO

Libro al Viento es una campaña de fomento a la lectura de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte y el Instituto Distrital de las Artes - Idartes

FÉLICITÉ O EL ESPLENDOR DE UN ESTILO

Presentación

ESTA NARRACIÓN HACE PARTE DE *TRES CUENTOS*, libro que Gustave Flaubert publicó en 1877, año para el cual ya había escrito la mayoría de obras que — pese al escaso éxito de algunas al momento de publicarse — consolidarían su reputación como novelista: *Madame Bovary* (1857), *Salambó* (1862), *La educación sentimental* (1869) y *La tentación de San Antonio* (1874). No obstante, la elaboración de estos tres cuentos (en realidad novelas en miniatura) le exigió el mismo esfuerzo descomunal que le supuso cualquiera de sus libros y que lo obligaba a buscar el vocablo preciso, a encontrar imágenes cuya verosimilitud resistiera cualquier contraste con la realidad, a urdir tramas luego de exhaustivas lecturas y consultas, y a someter cada una de sus páginas a la

prueba de la lectura en voz alta para no dejar pasar ninguna malsonancia, en procura siempre de la frase perfecta. Como sintetiza Mario Vargas Llosa en *La orgía perpetua* (su extensísimo análisis sobre *Madame Bovary*): “El estilo fue la gran obsesión de Flaubert, la raíz de los enormes padecimientos que le significó cada libro”.

El planteamiento de “Un corazón sencillo” no puede parecer más anodino: el repaso de la vida de una criada normanda, Félicité; la descripción de su abnegación y su bondad y candidez sin límites; las detalladas y sucesivas puestas en escena de sus objetos de devoción. Gracias al nutrido acervo postal, sabemos —por ejemplo— que ya en marzo de 1876 había comenzado a escribirlo, que en junio “luchaba como un loco” para avanzar en su escritura, que ya a inicios de octubre atacaba con entusiasmo y esperanza la parte final de su obra y que el 16 de octubre de ese mismo año, a la una de la mañana —sintiéndose como “un buey que ha trabajado mucho”—, le había puesto punto final; asimismo sabemos que aprovechó este cuento para acuñar imágenes preciosas de su infancia y de sus lugares de veraneo y que, de alguna manera, saldó con él una deuda con George Sand, con quien cultivó el intercambio epistolar más provechoso de la última parte de su vida; en la última carta dirigida a ella, fechada el 29 de mayo de 1876,

le aseguró: “Usted verá, en mi *Historia de un corazón sencillo*, donde reconocerá su influencia, que no soy tan testarudo como usted cree. Creo que la tendencia moral, o más bien el fondo humano de esta pequeña obra, le será agradable”; Sand moriría el 8 de junio de ese mismo año, apenas una semana después de escrita esta carta.

En su tiempo, este cuento, y el libro del que hace parte, cosechó una aprobación y un entusiasmo que le fueron esquivos con sus otros libros, además de servirle de distracción, luego del tiempo y la energía que le había dedicado a su última novela, *Bouvard y Pécuchet*, que se publicaría póstumamente. Siglo y medio después, lo podemos leer como una condensada muestra de su maestría estilística y, además, como una historia entrañable que, sin ironía, se aleja un poco del mordaz escepticismo (consciente siempre de la mediocridad de la burguesía y de la infinita variedad de las imperfecciones humanas) que ondea en el fondo de la mayoría de sus obras. No es poco: la prolijidad de su prosa lo encumbra como uno de los más extraordinarios novelistas del siglo XIX, siglo en el que abundaron; esta insinuación, por supuesto, es discutible. Lo que sí no debería entrar en disputa es que “Un corazón sencillo” es ejemplo del esplendor de un estilo y de una manera de entender la literatura como una esfera perfecta, antes de que llegara el siglo XX —con sus guerras

mundiales, con su industrialización— y fuera necesario, para seguir escribiendo, descomponer las novelas, dudar de estas, cuestionar todos los géneros, perder la ilusión de que se podía tener un control total.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

UN



CORAZÓN

Gustave Flaubert

SENCILLO

Traducción de
Alfonso Conde Rivera

DURANTE MEDIO SIGLO, LA CRIADA DE LA SEÑORA Aubain, Félicité, fue la envidia de las señoras burguesas de Pont-l'Évêque.

Por cien francos al año, cocinaba y arreglaba la casa, cosía, lavaba, planchaba, sabía embridar un caballo, engordar las aves de corral, batir la mantequilla, y se mantuvo fiel a su ama, pese a que no era una persona agradable.

Esta se había casado con un joven apuesto y sin dinero, que murió a comienzos de 1809, dejándole dos niños muy pequeños y un gran número de deudas. Vendió entonces sus inmuebles, salvo la granja de Toucques y la de Geffosses, cuyas rentas llegaban a lo sumo a 5000 francos, y dejó su casa de Saint-Melaine para vivir en otra menos costosa, que había pertenecido a sus antepasados y estaba ubicada detrás del mercado.

Esta casa, revestida de pizarra, se encontraba entre un pasaje y una callejuela que desembocaba en el río. Tenía en su

interior diferencias de nivel que hacían que uno se tropezara. Un vestíbulo estrecho separaba la cocina de la sala en la que la señora Aubain pasaba el día entero, sentada junto a la ventana en un sillón de paja. Contra la moldura, pintada de blanco, se alineaban ocho sillas de caoba. Un viejo piano soportaba, bajo un barómetro, una pirámide de cajas y cartones. Dos poltronas tapizadas flanqueaban la chimenea de mármol amarilla y de estilo Luis xv. El reloj de péndulo, en el centro, representaba un templo de Vesta, y todo el aposento olía un poco a moho, pues el piso estaba más abajo que el jardín.

En el segundo piso, estaba primero la habitación de “la señora”, muy grande, cubierta con un papel de flores pálidas, y que contenía el retrato de “el señor” en traje de petimetre. Esta se comunicaba con otra habitación más pequeña, en la que se veían dos cunas, sin colchón. Después venía el salón, siempre cerrado, y lleno de muebles cubiertos con una sábana. Enseguida un corredor conducía a un estudio; libros y papeles llenaban los estantes de una biblioteca que rodeaba con sus tres costados un amplio escritorio de madera negro. Los dos paneles de vuelta desaparecían bajo dibujos en pluma, paisajes a la aguada y grabados de Audran, recuerdos de un tiempo mejor y de un lujo desvanecido. Una claraboya en el tercer piso aclaraba la habitación de Félicité, que tenía vista sobre la pradera.

Ella se levantaba con el alba, para no perderse la misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; después, cuando la cena se había terminado, la vajilla estaba en orden y la puerta bien cerrada, cubría el leño con las cenizas y se dormía frente al hogar, con su rosario en la mano. Nadie, en los regateos, mostraba una mayor obstinación. En cuanto a la limpieza, el brillo de sus cacerolas causaba el desespero de las otras criadas. Ahorradora, comía con lentitud, y con el dedo recogía de la mesa las migajas de su pan; un pan de doce libras, horneado especialmente para ella y que duraba veinte días.

En todas las estaciones usaba un pañuelo de indiana sujetado por la espalda con un alfiler, un gorro que le ocultaba el cabello, medias grises, una falda roja, y encima de la blusa un delantal de peto, como las enfermeras en los hospitales.

Su rostro era delgado y su voz aguda. A los veinticinco años, uno le ponía cuarenta. Al llegar a los cincuenta, no aparentaba ya ninguna edad; y, siempre silenciosa, con la espalda erguida y los gestos mesurados, parecía una mujer de madera, que funcionase de un modo automático.



HABÍA TENIDO, COMO CUALQUIER OTRA, SU historia de amor.

Su padre, un albañil, se había matado al caerse de un andamio. Luego su madre murió, sus hermanas se dispersaron, un granjero la recogió y la puso desde pequeña a cuidar las vacas en el campo. Ella tiritaba bajo los andrajos, bebía tumbada boca abajo el agua de los charcos, la golpeaban sin razón alguna y acabaron echándola por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró a otra granja, allí se convirtió en la encargada del corral de las aves y, como les agradaba a los patrones, sus compañeros la envidiaban.

Una noche de agosto (tenía entonces dieciocho años), la llevaron a la feria de Colleville. De inmediato quedó aturdida, estupefacta por el escándalo de los músicos, las luces en los árboles, la mezcolanza abigarrada de los trajes, los encajes, las cruces de oro, esa multitud de gente saltando al mismo

tiempo. Se mantenía a distancia discretamente cuando un joven de apariencia opulenta, que fumaba su pipa con los dos codos sobre el timón de una carreta, vino a invitarla a bailar. Le compró sidra, café, pastel, un fular e, imaginándose que ella intuía sus intenciones, se ofreció a acompañarla. Al borde de un campo de avena, la derribó brutalmente. Ella se asustó y empezó a gritar. Él se alejó.

Otra noche, en el camino de Beaumont, ella quiso adelantar un gran carro de heno que avanzaba lentamente, y ya rozando las ruedas reconoció a Théodore.

Él la abordó con un aire tranquilo, diciéndole que debía perdonar todo, pues era “culpa de la bebida”.

Ella no supo qué responder y tenía ganas de huir.

Enseguida él habló de las cosechas y de las personas importantes del municipio, pues su padre había dejado Colleville para ir a la granja de Les Écots, de suerte que ahora eran vecinos. “¡Ah!”, dijo ella. Él agregó que querían que se casara. Sin embargo, no tenía afán, y esperaba una mujer de su gusto. Ella bajó la cabeza. Entonces él le preguntó si pensaba en el matrimonio. Ella le respondió, sonriendo, que estaba mal burlarse. “¡No, se lo juro!” Y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura. Ella caminaba sostenida por su abrazo; empezaron a ir más despacio. El viento era suave, las estrellas brillaban, la enorme carretada de heno se balanceaba delante de ellos;

y los cuatro caballos, arrastrando el paso, levantaban polvo. Entonces, sin instrucción alguna, voltearon a la derecha. Él la abrazó una vez más. Ella desapareció en la sombra.

Théodore, la semana siguiente, logró verse con ella varias veces.

Se encontraban al fondo de los patios, detrás de un muro, bajo un árbol solitario. Ella no tenía la inocencia de las señoritas —los animales le habían enseñado—, pero la razón y el instinto de la honra le impidieron ceder. Esta resistencia exacerbó la pasión de Théodore, hasta el punto que para satisfacerla (o quizá por ingenuidad) le propuso casarse con ella. Ella no sabía si creerle. Él hizo grandes juramentos.

Al poco tiempo, confesó algo penoso: sus padres, el año anterior, le habían pagado un sustituto; pero en cualquier momento podían volverlo a llamar; la idea de prestar servicio le aterraba. Esta cobardía fue para Félicité una prueba de afecto; el suyo se redobló. Se escapaba durante la noche y, al llegar a la cita, Théodore la torturaba con sus inquietudes y sus insistencias.

Finalmente, él anunció que iría en persona a la prefectura a obtener información y se la comunicaría el domingo siguiente, entre las once y la medianoche.

Llegado el momento, ella corrió hacia su enamorado.

En su lugar, encontró a uno de sus amigos.

Este le comunicó que no debía volver a verlo. Para asegurarse de que no lo reclutaran, Théodore se había casado con una mujer mayor muy rica, la señora Lehoussais, de Touques.

El dolor fue incontenible. Se arrojó al piso, rompió a gritar, le imploró a Dios y gimió completamente sola en el campo hasta que salió el sol. Después, volvió a la granja, declaró su intención de partir y, a final de mes, hechas las cuentas, envolvió su escaso equipaje en un pañuelo y se dirigió a Pont-l'Évêque.

Frente a la posada, interrogó a una señora con sombrero de viuda, que justamente necesitaba una cocinera. La joven no sabía gran cosa, pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias que la señora Aubain acabó por decir: “¡Está bien, la acepto!”

Félicité, un cuarto de hora después, estaba instalada en su casa.

Al comienzo vivió allí inmersa en una suerte de estremecimiento que le causaban “el carácter de la casa” y el recuerdo de “el señor”, ¡que rondaba por todas partes! Paul y Virginie, el uno de siete años, la otra de apenas cuatro, le parecían hechos de un material precioso; los llevaba a caballo sobre su espalda; y la señora Aubain le prohibió besarlos a cada instante, lo que la mortificó. Aun así, estaba contenta. La suavidad del entorno había fundido su tristeza.

Todos los jueves, unos invitados habituales iban a jugar una partida de Boston. Félicité preparaba con antelación las cartas y las estufillas. Llegaban a las ocho en punto y se retiraban antes de que dieran las once.

Todos los lunes por la mañana, el vendedor de baratijas que vivía bajo el sendero desplegaba en el suelo sus chatarras. Después la ciudad se llenaba con un murmullo de voces, en el que se mezclaban relinchos de caballos, balidos de cerdos, gruñidos de cerdos, con el ruido seco de los coches en la calle. Hacia el mediodía, en lo más animado del mercado, se veía aparecer en el umbral a un viejo campesino de alta talla, la gorra hacia atrás, la nariz ganchuda; era Rebelin, el granjero de Geffosses. Poco tiempo después, era Liébard, el granjero de Toucques, pequeño, rojizo, obeso, vistiendo un saco gris y polainas armadas de espuelas.

Ambos le ofrecían a su arrendadora pollos o quesos. Félicité frustraba invariablemente sus astucias; y ellos se iban llenos de consideración por ella.

En momentos indeterminados, la señora Aubain recibía la visita del marqués de Gremenville, uno de sus tíos, arruinado por la crápula y que vivía en Falaise en la última parcela de sus tierras. Se presentaba siempre a la hora del almuerzo, con un caniche espantoso cuyas patas ensuciaban todos los muebles. A pesar de sus esfuerzos por parecer un caballero,

hasta el punto de levantar el sombrero cada vez que decía: “Mi difunto padre”, el hábito lo arrastraba, se servía de beber copa tras copa y soltaba bromas obscenas. Félicité lo empujaba hacia afuera con cortesía: “¡Ya bebió bastante, señor de Gremenville! ¡Hasta otra ocasión!”. Y cerraba la puerta.

La abría con placer delante del señor Bourrais, antiguo procurador. Su corbata blanca y su calvicie, el volante de su camisa, su holgada levita marrón, su forma de aspirar arqueando el brazo, toda su persona le producía esa turbación a la que nos arroja el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como él administraba las propiedades de “la señora”, se encerraba con ella durante horas en el estudio de “el señor”, y siempre temía comprometerse, respetaba infinitamente la magistratura, tenía la pretensión de saber latín.

Para instruir a los niños de una manera agradable, les regaló una geografía en estampas. Estas representaban diferentes escenas del mundo, antropófagos con plumas en la cabeza, un mono raptando a una damisela, beduinos en el desierto, una ballena que arponaban, etc.

Paul le explicó estos grabados a Félicité. Esa fue de hecho toda su educación literaria.

De la de los niños se encargaba Guyot, un pobre diablo empleado en la alcaldía, famoso por su bella letra, y que repasaba su cortaplumas en la bota.

Cuando hacía buen tiempo, se iban temprano a la granja de Geffosses.

El patio está en pendiente, la casa en el centro; y el mar, a lo lejos, aparece como una mancha gris.

Félicité sacaba de su cesta lonchas de carne fría y almorzaban en un aposento contiguo a la lechería. Era lo único que quedaba de una vivienda de recreo, ahora desaparecida. El papel de la pared, en jirones, temblaba con las corrientes de aire. La señora Aubain inclinaba la cabeza, agobiada por los recuerdos; los niños no osaban hablar más. “¡Pero vayan a jugar!” decía ella; y ellos desaparecían.

Paul se subía al granero, atrapaba pájaros, hacía rebotar piedras en el estanque o golpeaba con un palo los gordos toneles que resonaban como tambores.

Virginie daba de comer a los conejos, se precipitaba a recoger azulejos, y la rapidez de sus piernas descubría sus pantaloncitos bordados.

Una tarde de otoño, se regresaron por los prados.

La luna en su primer cuarto aclaraba una parte del cielo, y una neblina flotaba como una bufanda sobre las sinuosidades del Toucques. Unos bueyes, echados en medio del césped, observaban tranquilamente a aquellas cuatro personas pasar. En el tercer pastizal algunos se levantaron, luego formaron un círculo delante de ellas. “¡No tengan miedo!”

dijo Félicité; y, murmurando una suerte de lamento, acarició en el espinazo al que se encontraba más cerca; este dio media vuelta, los otros lo imitaron. Pero, después de atravesar el siguiente prado, se elevó un bramido formidable. Era un toro, que la niebla ocultaba. Avanzó hacia las dos mujeres. La señora Aubain iba a correr. “¡No! ¡No! ¡Más despacio!”. Entretanto ellas apresuraban el paso, y escuchaban detrás un soplido sonoro que se aproximaba. Sus pezuñas, como martillos, golpeaban la hierba de la pradera. ¡Ahí galopaba ya! Félicité se volteó, y arrancaba con ambas manos placas de tierra que le lanzaba a los ojos. Él bajaba el hocico, sacudía los cuernos y temblaba de furia bramando horriblemente. La señora Aubain, al límite del prado con sus dos pequeños, buscaba desesperada cómo franquear el alto borde. Félicité retrocedía siempre delante del toro, y le lanzaba constantemente terrones de césped que lo cegaban mientras gritaba: “¡Apresúrense! ¡Apresúrense!”.

La señora Aubain bajó a la zanja, empujó a Virginie, luego a Paul, se cayó varias veces intentando trepar el talud, y a fuerza de coraje lo consiguió.

El toro había acorralado a Félicité contra un enrejado; su baba le salpicaba el rostro, un segundo más y la destripaba. Ella tuvo el tiempo para colarse entre dos barrotes, y el enorme animal, todo sorprendido, se detuvo.

Este acontecimiento, durante muchos años, fue tema de conversación en Pont-l'Évêque. Félicité no extrajo de él orgullo alguno, ni sospechaba siquiera que hubiese hecho algo heroico.

Virginie la ocupaba de forma exclusiva, pues tuvo, a raíz del pavor, una afección nerviosa, y el señor Poupart, el doctor, recomendó los baños de mar de Trouville.

En aquel tiempo, no eran frecuentados. La señora Aubain buscó información, consultó a Bourais, hizo preparativos como para un largo viaje.

Sus maletas partieron la víspera, en la carreta de Liébard. Al día siguiente, él trajo dos caballos de los cuales uno tenía una silla de mujer, equipada con un espaldar de terciopelo; y sobre la grupa del segundo una capa enrollada formaba una especie de asiento. La señora Aubain se subió allí, detrás de él. Félicité se encargó de Virginie, y Paul se montó a horcajadas en el asno del señor Lechaptois, prestado con la condición de que tuvieran mucho cuidado.

La carretera estaba tan mala que sus ocho kilómetros requirieron dos horas. Los caballos se hundían hasta las cuartillas en el fango, y hacían para liberarse movimientos bruscos de las ancas; o bien se tropezaban contra las rodadas; otras veces, tenían que saltar. La yegua de Liébard, en ciertos lugares, se detenía de repente. Él esperaba con paciencia a que se volviese a poner en marcha; y hablaba de las personas cuyas

propiedades bordeaban la carretera, agregando a su historia reflexiones morales. Así, en medio de Toucques, al pasar bajo ventanas rodeadas de capuchinas, dijo, alzando los hombros: “Allí hay una, la señora Lehoussais, que en lugar de tomar un hombre joven...”. Félicité no escuchó el resto; los caballos trotaban, el asno galopaba; todos enfilaron un sendero, una cerca giró, dos muchachos aparecieron, y ellos se bajaron delante del purín, en el umbral mismo de la puerta.

La madre Liébard, al ver a su señora, se desvió en demostraciones de alegría. Le sirvió un almuerzo en el que había un solomillo, callos, morcilla, fricasé de pollo, sidra espumosa, una tarta de compotas y ciruelas en aguardiente, todo acompañado de cumplidos para la señora que parecía estar mejor de salud, para la señorita, que se había vuelto “magnífica”, para el señorito Paul, que estaba singularmente “fornido”, sin olvidar a sus difuntos abuelos, que los Liébard habían conocido, ya que estaban al servicio de la familia desde hacía varias generaciones. La granja tenía, como ellos, un carácter de ancianidad. Las vigas del techo estaban carcomidas, las paredes negras de humo, los vidrios grises de polvo. Una alacena en roble soportaba toda clase de utensilios, jarras, platos, escudillas de estaño, trampas para lobos, cizallas para las ovejas; una jeringa enorme hizo reír a los niños. No había un árbol en tres patios que no tuviera hongos en la base, o en

sus ramas una mata de muérdago. El viento había derribado varios. Habían vuelto a brotar por el medio; y todos se doblaban bajo la cantidad de sus manzanas. Los techos de paja, semejantes al terciopelo marrón y de espesor desigual, resistían las más fuertes borrascas. Pese a ello la carretería estaba en ruinas. La señora Aubain dijo que ella se encargaría, y dio la orden de volver a aparejar los animales.

Pasó todavía media hora antes de llegar a Trouville. La pequeña caravana puso pie en tierra para pasar los *Écores*; era un acantilado que dominaba los barcos; y tres minutos más tarde, al final del muelle, entraron al patio del *Agneau d'or*, en la casa de la madre David.

Virginie, desde los primeros días, se sintió menos débil, como resultado del cambio de aire y de la acción de los baños. Los tomaba en camisa, a falta de un traje; y su criada la volvía a vestir en una cabaña de aduanero que utilizaban los bañistas.

En la tarde, se iban con el asno más allá de Roches-Noires, del lado de Hennequeville. El sendero, primero, subía entre terrenos ondulados como la grama de un parque, luego llegaba a una meseta en la que alternaban pastizales y campos de labranza. En el lindero del camino, entre el enredo de las zarzas, unos acebos se erigían; aquí y allá, un gran árbol muerto hacía en el aire azul zigzags con sus ramas.

Casi siempre descansaban en un prado, con Deauville a la izquierda, Le Havre a la derecha y enfrente el mar pleno. Estaba brillante de sol, liso como un espejo, tan manso que apenas se escuchaba su murmullo; los gorriones escondidos piaban, y la bóveda inmensa del cielo recubría todo aquello. La señora Aubain, sentada, trabajaba en su labor de costura; Virginie cerca de ella trenzaba juncos; Félicité desmalezaba las flores de lavanda; Paul, que se aburría, quería irse.

Otras veces, tras haber pasado el Touques en barco, buscaban conchas. La marea baja dejaba al descubierto erizos, vieiras, medusas; y los niños corrían, para agarrar copos de espuma que el viento llevaba. Las olas dormidas, al caer en la arena, se desenrollaban a lo largo de la playa; esta se extendía hasta perderse de vista, pero del lado de la tierra tenía por límite las dunas que la separaban del *Marais*, una gran pradera en forma de hipódromo. Cuando regresaban por allí, Trouville, al fondo en la pendiente de la colina, se agrandaba a cada paso, y con todas sus casas desiguales parecía florecer en un desorden alegre.

Los días en los que hacía mucho calor, no salían de su habitación. La deslumbrante claridad del exterior plantaba barras de luz entre las hojas de las celosías. Ningún ruido en el pueblo. Abajo, sobre la acera, nadie. Ese silencio esparcido aumentaba la tranquilidad de las cosas. A lo lejos, los martillos

de los calafates taponaban las carenas, y una brisa pesada traía el olor del alquitrán.

La principal diversión era el regreso de las barcas. En cuanto habían pasado las balizas, comenzaban a bordear. Sus velas descendían hasta dos tercios de los mástiles; y, el trinquete inflado como un globo, avanzaban, se deslizaban entre el chapoteo de las olas, hasta la mitad del puerto, donde el ancla de repente caía. Enseguida el barco se colocaba junto al muelle. Los marineros arrojaban por encima de la borda pescados palpitantes; una fila de carretas los esperaba, y mujeres con gorros de algodón se lanzaban a coger las cestas y a abrazar a sus hombres.

Una de ellas, un día, abordó a Félicité, que poco tiempo después entró en la habitación, toda contenta. Había vuelto a encontrar a una hermana; y Nastasie Barette, señora Leroux, apareció, con un bebé en el pecho, en la mano derecha otro niño, y a su izquierda un pequeño grumete con los puños sobre las caderas y la boina sobre la oreja.

Al cabo de un cuarto de hora, la señora Aubain la despidió.

Se los encontraban siempre cerca de la cocina, o en los paseos que daban. El marido no aparecía.

Félicité les tomó afecto. Les compró una manta, camisas, un hornillo; evidentemente la explotaban. Esta debilidad irritaba a la señora Aubain, a quien además no le gustaban las

confianzas del sobrino —pues tuteaba a su hijo—; y, como Virginie tosía y el clima ya no era bueno, regresó a Pont-l'Évêque.

El señor Bourais la orientó en la elección de un colegio. El de Caen era considerado el mejor. A Paul se le envió allí; y se despidió de todos con valentía, satisfecho de ir a vivir en una casa en la que tendría compañeros.

La señora Aubain se resignó al distanciamiento de su hijo, porque era indispensable. Virginie pensó en él cada vez menos. Félicité extrañaba su alboroto. Pero una ocupación vino a distraerla; a partir de Navidad, llevó todos los días a la niña al catecismo.



DESPUÉS DE HABER HECHO EN LA PUERTA UNA genuflexión, avanzaba bajo la alta nave entre la doble línea de sillas, abría el banco de la señora Aubain, se sentaba y paseaba los ojos en torno a ella.

Los niños a la derecha, las niñas a la izquierda, llenaban los asientos del coro; el cura permanecía de pie junto al atril; en un vitral del ábside, el Espíritu Santo se elevaba sobre la Virgen; otro la mostraba de rodillas ante el niño Jesús y, detrás del tabernáculo, un conjunto en madera representaba a San Miguel abatiendo al dragón.

El padre hizo primero un resumen de la historia sagrada. Ella creía ver el paraíso, el diluvio, la torre de Babel, ciudades consumidas por las llamas, pueblos que morían, ídolos derribados; y conservó de este deslumbramiento el respeto al Altísimo y el temor a su cólera. Después lloró al escuchar la Pasión. ¿Por qué lo habían crucificado, a él que

amaba a los niños, alimentaba a las multitudes, sanaba a los ciegos, y había querido, por dulzura, nacer en medio de los pobres, sobre el estiércol de un establo? Las siembras, las cosechas, los lagares, todas estas cosas familiares de las que habla el Evangelio, se encontraban en su vida; el paso de Dios las había santificado; y amó con más ternura a los corderos por el amor del Cordero, a las palomas a causa del Espíritu Santo.

Le costaba trabajo imaginar su figura, pues no era solo un pájaro, sino además un fuego, y otras veces un soplo. Quizá sea su luz la que revolotea en la noche en las orillas de los pantanos, su aliento el que empuja las nubes, su voz la que vuelve armoniosas las campanas; y ella vivía inmersa en una adoración, gozando de la frescura de los muros y de la tranquilidad de la iglesia.

En cuanto a los dogmas, no comprendía nada, ni intentó siquiera comprender. El cura disertaba, los niños recitaban, ella acababa por dormirse; y se despertaba de golpe, cuando al irse hacían chasquear los zuecos contra las losas.

Fue de esta manera, a fuerza de escucharlo, que aprendió el catecismo, pues la educación religiosa en su juventud había sido descuidada; y desde entonces imitó todas las prácticas de Virginie, ayunaba como ella, se confesaba con ella. En el Corpus Christi hicieron juntas un altar.

La primera comunión la atormentaba con antelación. Se agitó por los zapatos, por el rosario, por el libro, por los guantes. ¡Con qué temblor le ayudó a su madre a vestirla!

Durante toda la misa, se sintió angustiada. El señor Bourais le ocultaba un lado del coro; pero, justo enfrente, el rebaño de vírgenes con coronas blancas encima de sus velos bajados formaba como un campo de nieve; y ella reconocía de lejos a su querida pequeña por su cuello más delicado y su actitud recogida. La campana tintineó. Las cabezas se inclinaron; hubo un silencio. Al tronar del órgano, los chantres y la multitud entonaron el *agnus Dei*; luego el desfile de los niños comenzó; y, tras ellos, las niñas se levantaron. Paso a paso, y con las manos juntas, iban hacia el altar todo iluminado, se arrodillaban en el primer escalón, recibían la hostia sucesivamente, y en el mismo orden volvían a sus reclinatorios. Cuando llegó el turno de Virginie, Félicité se inclinó para verla; y, con la imaginación que dan los verdaderos afectos, le pareció que ella misma era aquella niña; su rostro se volvió el suyo, su vestido la vestía, su corazón le latía en el pecho; en el momento de abrir la boca, cerrando los párpados, por poco se desmaya.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó en la sacristía, para que el señor cura le diera la comunión. La recibió con devoción, pero no saboreó las mismas delicias.

La señora Aubain quería hacer de su hija una persona consumada; y, como Guyot no podía enseñarle ni inglés ni música, resolvió ponerla en un internado de las ursulinas de Honfleur.

La niña no objetó nada. Félicité suspiraba, pues le parecía que la señora era insensible. Después pensó que, quizá, su ama tenía razón. Estas cosas sobrepasaban su competencia.

Finalmente, un día, un viejo carruaje se detuvo delante de la puerta; y de él bajó una monja que venía a buscar a la señorita. Félicité subió las maletas a la imperial, le dio recomendaciones al cochero y puso en el baúl seis tarros de mermelada y una docena de peras, con un ramillete de violetas.

Virginie, en el último momento, fue presa de un gran sollozo; abrazaba a su madre, que la besaba en la frente repitiendo: “¡Vamos! ¡Sé valiente! ¡Sé valiente!”. El estribo se levantó, el coche partió.

Entonces la señora Aubain tuvo un desfallecimiento; y en la noche todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, la señora Lechaptois, esas señoritas Rochefeuille, los señores De Houpeville y Bourais, se presentaron para consolarla.

Al comienzo, la privación de su hija fue para ella muy dolorosa. Pero tres veces por semana recibía una carta suya, los otros días le escribía, paseaba en su jardín, leía un poco, y de este modo llenaba el vacío de las horas.

En la mañana, por hábito, Félicité entraba en la habitación de Virginie y miraba las paredes. Se afligía por no tener ya que peinar su cabello, atar sus botines, arroparla en su cama, y por no ver más constantemente su gentil rostro, por no tomarla más de la mano cuando salían juntas. En su desocupación, intentó hacer encaje. Sus dedos, demasiado torpes, rompían los hilos; no entendía nada, había perdido el sueño, en sus palabras, estaba “minada”.

Para “distraerse”, pidió permiso para recibir a su sobrino Victor.

Él llegaba los domingos después de la misa, las mejillas rosadas, el pecho desnudo, y oliendo al aroma del campo que había atravesado. Enseguida, ella le ponía la mesa. Almorzaban uno frente al otro; y, comiendo ella lo menos posible para evitar gastos, lo atiborraba hasta tal punto de comida que él acababa por dormirse. A la primera campanada de las vísperas, lo despertaba, le cepillaba el pantalón, le hacía el nudo de la corbata y se iba a la iglesia, apoyada en su brazo en medio de un orgullo maternal.

Sus padres le encargaban siempre que cogiera algo, ya fuese un paquete de azúcar morena, jabón, aguardiente, a veces incluso dinero. Le llevaba los trapos que tenía para remendar; y ella aceptaba esta tarea, contenta por un motivo que lo forzaba a regresar.

En agosto, su padre lo llevó a hacer cabotaje.

Era la época de las vacaciones. La llegada de los niños la consoló. Pero Paul se volvía caprichoso, y Virginie ya no tenía edad para que la tutearan, lo que creaba una incomodidad, una barrera entre ellas.

Victor fue sucesivamente a Morlaix, a Dunkerque y a Brighton; al regreso de cada viaje, le daba un regalo. La primera vez fue una caja hecha de conchas; la segunda, una taza para café; la tercera, un gran hombre hecho de pan de especias. Se hacía más bello, tenía un talle bien formado, un poco de bigote, ojos buenos y francos, y un pequeño sombrero de cuero, puesto hacia atrás como un piloto. La entretenía contándole historias en las que se mezclaban términos marítimos.

Un lunes, el 14 de julio de 1819 (no olvidó la fecha), Victor le anunció que estaba contratado para un largo viaje y, en dos noches, en el paquebote de Honfleur, iría a alcanzar su goleta, que debía zarpar de Le Havre en breve. Se iría, quizá, por dos años.

La perspectiva de semejante ausencia desoló a Félicité; y para decirle adiós una vez más, la noche del miércoles, después de la comida de la señora, se calzó unas galochas y devoró las cuatro leguas que separan Pont-l'Évêque de Honfleur.

Cuando estuvo delante del Calvario, en lugar de tomar a la izquierda, tomó a la derecha, se perdió entre unos astilleros,

volvió sobre sus pasos; unas personas que abordó le recomendaron que se apresurara.

Dio una vuelta alrededor de la dársena llena de navíos, se chocaba contra las amarras; después el terreno bajó, unas luces se entrecruzaron, y creyó estar loca, al ver caballos en el cielo.

En el borde del muelle, otros relinchaban, asustados por el mar. Un aparejo que los alzaba los bajaba a un barco, en el que los viajeros se empujaban entre las barricas de sidra, las canastas de queso, los costales de grano; se escuchaba unas gallinas cantar, el capitán maldecía; y un grumete permanecía de codos sobre el pescante, indiferente a todo aquello. Félicité, que no lo había reconocido, gritaba: “¡Victor!”; él alzó la cabeza; ella se precipitaba cuando, de repente, retiraron la escalera.

El paquebote, que unas mujeres halaban cantando, salió del puerto. La cuaderna crujía, las pesadas olas azotaban la proa. La vela había girado, ya no se veía a nadie; y, sobre el mar argentado por la luna, formaba una mancha negra que palidecía cada vez más, se hundió, desapareció.

Félicité, al pasar junto al Calvario, quiso encomendar a Dios aquello que más atesoraba; y rezó durante mucho tiempo, de pie, la cara bañada en lágrimas, los ojos hacia las nubes. La ciudad dormía, unos aduaneros rondaban; y el agua caía sin interrupción por los agujeros de la esclusa, con un ruido de torrente. Dieron las dos.

El locutorio no abría antes del amanecer. Un retraso, con seguridad, disgustaría a la señora; y, a pesar de su deseo de abrazar a la otra criatura, regresó. Las muchachas de la posada se estaban despertando mientras ella entraba en Pont-l'Évêque.

¡El pobre chico iba entonces a rodar durante meses sobre las olas! Sus viajes anteriores no la habían asustado. De Inglaterra y de Bretaña se volvía; pero América, las Colonias, las Islas, aquello estaba perdido en una región incierta, al otro extremo del mundo.

A partir de ese momento, Félicité pensó exclusivamente en su sobrino. Los días de sol, se mortificaba por la sed; cuando había tormenta, temía que lo alcanzara un rayo. Al escuchar el viento que resonaba en la chimenea y se llevaba las pizarras, lo veía azotado por aquella misma tempestad, en la cima de un mástil destrozado, todo el cuerpo hacia atrás, bajo un manto de espuma; o bien, recuerdo de la geografía en estampas, se lo comían los salvajes, unos monos lo atrapaban en un bosque, se moría a lo largo de una playa desierta. Y ella nunca hablaba de sus inquietudes.

La señora Aubain tenía otras tantas sobre su hija.

A las hermanas les parecía que era afectuosa, pero delicada. La menor emoción la irritaba. Fue necesario abandonar el piano.

Su madre le exigía al convento una correspondencia regular. Una mañana en la que el cartero no había ido, se impacientó;

y caminaba por la sala, entre su sillón y la ventana. ¡Era verdaderamente extraordinario!, ¡desde hacía cuatro días, ninguna noticia!

Para que se consolara con su propio caso, Félicité le dijo:
—Pues yo, señora, ¡hace ya seis meses que no recibo ninguna!
—¿Pero de quién?

La criada contestó dulcemente:

—Pues... ¡de mi sobrino!

“¡Ah!, ¡su sobrino!”. Y, alzando los hombros, la señora Aubain retomó su caminata, lo que quería decir: “¡Ni me acordaba de él!... Además, ¡me da igual! Un grumete, un miserable, ¡vaya y venga!... mientras que mi hija... ¡imagínese usted!”.

Félicité, pese a haber sido formada en la rudeza, se indignó con la señora, después se le olvidó.

Le parecía muy natural perder la cabeza a causa de la pequeña.

Los dos niños tenían igual importancia; los unía un lazo de su corazón, y su destino debía ser el mismo.

El farmacéuta le dijo que el barco de Victor había llegado a La Habana. Había leído esa información en un periódico.

A causa de los cigarros, ella se imaginaba La Habana como un país en el que no se hacía otra cosa que fumar, y Victor circulaba entre negros en medio de una nube de tabaco. ¿Se podía “en caso de necesidad” regresar por tierra? ¿A qué

distancia estaba de Pont-l'Évêque? Para saberlo, le preguntó al señor Bourais.

Él alcanzó su atlas y después empezó a dar explicaciones sobre las longitudes; y sonrió con presunción ante el asombro de Félicité. Finalmente, con su portalápiz, indicó dentro del contorno de una mancha ovalada un punto negro, imperceptible, agregando: “Aquí está”. Ella se inclinó sobre el mapa; aquella red de líneas de colores le cansaba la vista, sin enseñarle nada; y cuando Bourais la animó a decir lo que la desconcertaba, ella le rogó que le mostrara la casa en la que vivía Victor. Bourais levantó los brazos, estornudó, se rio a carcajadas; semejante candor excitaba su alegría; y Félicité no comprendía el motivo, ella que quizá esperaba ver incluso el retrato de su sobrino, ¡hasta tal punto su inteligencia era limitada!

Fue quince días después que Liébard, a la hora del mercado como de costumbre, entró a la cocina y le entregó una carta que enviaba su cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, ella recurrió a su ama.

La señora Aubain, que contaba los puntos de un tejido, lo puso a su lado, abrió la carta, se estremeció y, en voz baja, con una mirada profunda:

—Es una desgracia... lo que le comunican. Su sobrino...
Había muerto. La carta no decía nada más.

Félicité cayó en una silla, apoyando la cabeza en el tabique, y cerró los párpados, que de repente se pusieron rosados. Después, la frente baja, las manos colgando, los ojos fijos, repetía a intervalos:

—¡Pobre niño!, ¡pobre niño!

Liébard la contemplaba suspirando. La señora Aubain temblaba un poco.

Ella le propuso que fuera a ver a su hermana, en Trouville.

Félicité respondió, con un gesto, que no necesitaba hacerlo.

Hubo un silencio. El bueno de Liébard juzgó conveniente retirarse.

Entonces ella dijo:

—¡A ellos no les importa nada!

Su cabeza volvió a caer; y levantaba maquinalmente, de vez en cuando, las largas agujas que estaban sobre el costurero.

Unas mujeres pasaron por el patio llevando unas andas con ropa que goteaba.

Al verlas por los cristales, se acordó de su lavado; como la había hervido la víspera, debía enjuagarla hoy; y salió del aposento.

Su tabla y su tonel estaban en la ribera del Toucques. Arrojó en la orilla una pila de camisas, se remangó, tomó su pala; y los fuertes golpes que daba se escuchaban en los jardines de al lado. Los prados estaban desiertos, el viento

agitaba el río; en el fondo, se inclinaban grandes hierbas, como cabelleras de cadáveres flotando en el agua. Ella contenía su dolor, hasta la noche fue muy valiente; pero, en su habitación, se rindió, boca abajo sobre su colchón, el rostro en la almohada, y ambos puños contra las sienes.

Mucho después conoció, por el mismo capitán de Víctor, las circunstancias de su fin. Lo habían sangrado demasiado en el hospital, por la fiebre amarilla. Cuatro médicos lo sujetaban a la vez. Había muerto de inmediato, y el jefe había dicho:

—¡Bueno! ¡Uno más!

Sus padres lo habían tratado siempre con brutalidad. Ella prefirió no volver a verlos; y ellos no hicieron intento alguno, por olvido, o por el endurecimiento de los miserables.

Virginie se debilitaba.

Ahogos, tos, una fiebre continua y la piel marmórea en los pómulos revelaban una afección profunda. El señor Poupart había recomendado una temporada en Provenza. La señora Aubain decidió seguir su consejo, y habría traído enseguida a su hija a la casa, de no ser por el clima de Pont-l'Évêque.

Hizo un arreglo con un hombre que alquilaba coches, que la llevaba al convento todos los martes. En el jardín hay una terraza desde donde se divisa el Sena. Virginie paseaba allí de su brazo, sobre las hojas de vid caídas. Algunas veces el sol, atravesando las nubes, la obligaba a parpadear, mientras

miraba las velas a lo lejos y todo el horizonte, desde el castillo de Tancarville hasta los faros de Le Havre. Después, descansaban bajo el cenador. Su madre había conseguido un barril pequeño de un excelente vino de Málaga; y, riendo ante la idea de embriagarse, bebía dos dedos, nada más.

Sus fuerzas reaparecieron. El otoño transcurrió apaciblemente. Félicité tranquilizaba a la señora Aubain. Pero, una tarde en la que había estado en los alrededores haciendo un recado, encontró delante de la puerta el cabriolé del señor Poupart; y él estaba en el vestíbulo. La señora Aubain se ataba el sombrero.

—Deme la estufilla, el monedero, los guantes; ¡vamos, más rápido!

Virginie tenía una fluxión de pecho; tal vez ya no había esperanzas.

“¡Aún no!”, dijo el médico; y ambos se subieron al coche, bajo copos de nieve que formaban torbellinos. La noche estaba por llegar. Hacía mucho frío.

Félicité se precipitó dentro de la iglesia, para encender un cirio. Después corrió tras el cabriolé, que alcanzó una hora más tarde, saltó hábilmente a la parte de atrás, donde se agarraba de las espirales, cuando le llegó un pensamiento: “¡El patio no estaba cerrado! ¿Y si se metían los ladrones?”. Y se bajó.

El día siguiente, al alba, se presentó en la casa del doctor. Él había regresado y había vuelto a partir al campo. Después ella permaneció en la posada, creyendo que unos desconocidos traerían una carta. Finalmente, al amanecer, tomó la diligencia de Lisieux.

El convento se encontraba al fondo de una callejuela escarpada. Hacia la mitad, escuchó sonidos extraños, un toque fúnebre. “Es por otros”, pensó; y Félicité tiró con violencia de la aldaba.

Al cabo de varios minutos, unas chanclas se arrastraron, la puerta se entreabrió y una monja apareció.

La hermana, con aire compungido, dijo que “acababa de fallecer”. Al mismo tiempo, el toque de muerto de Saint-Léonard redoblaba.

Félicité llegó al tercer piso.

Desde el umbral de la habitación, divisó a Virginie tendida de espaldas, las manos juntas, la boca abierta y la cabeza hacia atrás bajo una cruz negra que se inclinaba hacia ella, entre las cortinas inmóviles, menos pálidas que su rostro. La señora Aubain, al pie del lecho que tenía entre sus brazos, soltaba sollozos de agonía. La superiora estaba de pie, a la derecha. Tres candelabros sobre la cómoda formaban manchas rojas, y la niebla blanqueaba las ventanas. Unas monjas se llevaron a la señora Aubain.

Durante dos noches, Félicité no se alejó de la muerta. Repetía las mismas plegarias, echaba agua bendita sobre las sábanas, volvía a sentarse y la contemplaba. Al final de la primera vigilia, notó que el rostro se había amarillado, los labios se pusieron azules, la nariz se prensaba, los ojos se hundían. Los besó varias veces; y no habría sentido un asombro inmenso si Virginie los hubiese vuelto a abrir; para almas semejantes lo sobrenatural es algo muy sencillo. La lavó, la envolvió en la mortaja, la bajó al ataúd, le puso una corona, le extendió el cabello. Era rubio y de una longitud extraordinaria para su edad. Félicité cortó un mechón grueso, del que deslizó la mitad en su pecho, resuelta a no desprenderse nunca de él.

El cuerpo fue llevado a Pont-l'Évêque, siguiendo la voluntad de la señora Aubain, que seguía la carroza fúnebre en un coche cerrado.

Después de la misa, aún fueron necesarios tres cuartos de hora para llegar al cementerio. Paul caminaba a la cabeza y sollozaba. El señor Bourais estaba detrás, después las personas notables, las mujeres, cubiertas con mantos negros, y Félicité. Ella pensaba en su sobrino y, al no haber podido rendirle aquellos honores, su tristeza era aún mayor, como si lo enterrasen con la otra.

La desesperación de la señora Aubain no tuvo límites.

Al comienzo se rebeló contra Dios, hallándolo injusto por haberse llevado a su hija; ¡ella, que no había hecho nunca mal alguno, y cuya conciencia era tan pura! ¡Pero no!, habría debido llevarla al Mediodía. ¡Otros doctores la habrían salvado! Se acusaba, quería unirse a ella, gritaba con angustia en medio de sus sueños. Uno, sobre todo, la obsesionaba. Su marido, vestido de marinero, regresaba de un largo viaje, y le decía llorando que había recibido la orden de llevarse a Virginie. Entonces trabajaban juntos para encontrar un escondite en alguna parte.

Una vez, volvió del jardín, alterada. Hace un instante (ella mostraba el lugar) el padre y la hija se le habían aparecido, uno junto al otro, y no hacían nada; la miraban.

Durante varios meses, permaneció en su habitación, inerte. Felicite la sermoneaba con dulzura; debía cuidarse por su hijo, y por la otra, en memoria “de ella”.

“¿Ella?” replicaba la señora Aubain, como despertándose. “¡Ah!, ¡sí!, ¡sí!... ¡No la olvide!”. Alusión al cementerio, que le habían prohibido escrupulosamente.

Felicite iba allí todos los días.

Exactamente a las cuatro, bordeaba las casas, subía la cuesta, abría la verja y llegaba a la tumba de Virginie. Era una pequeña columna de mármol rosado, con una losa en la base y cadenas alrededor que encerraban un jardincito. Los arriates

desaparecían bajo una cobertura de flores. Ella regaba sus hojas, cambiaba la arena, se ponía de rodillas para revolver mejor la tierra. La señora Aubain, cuando pudo ir al cementerio, sintió un alivio, una especie de consuelo.

Pasaron los años, todos iguales y sin otro episodio que el regreso de las grandes fiestas: la Pascua, la Asunción, el Día de Todos los Santos. Algunos eventos internos marcaban una fecha, a la que se remitían después. Así, en 1825, dos vidrieros encalaron el vestíbulo; en 1827, una parte del techo, al caer en el patio, por poco mata a un hombre. El verano de 1828, le correspondió a la señora ofrecer el pan bendito; Bourais, hacia aquella época, se ausentó de forma misteriosa; y los viejos conocidos poco a poco se fueron yendo: Guyot, Liébard, la señora Lechaptois, Robelin, el tío Gremenville, paralítico desde hacía mucho tiempo.

Una noche, el conductor de la diligencia postal anunció en Pont-l'Évêque la Revolución de Julio. Pocos días después, fue nombrado un nuevo subprefecto: el barón de Larsonnière, ex-cónsul en América, que tenía en su casa, además de su mujer, a su cuñada con tres señoritas, bastante mayores ya. Se las veía en su césped, vestidas con blusas ondeantes; poseían un negro y un loro. La señora Aubain recibió su visita, y no dejó de devolvérselas. Desde que aparecían a lo lejos, Félicité corría a avisarle. Pero solo una cosa podía conmoverla, las cartas de su hijo.

Recluido en los cafés, él no podía seguir ninguna carrera. Ella le pagaba sus deudas; él contraía otras; y los suspiros que soltaba la señora Aubain, tejiendo junto a la ventana, llegaban a Félicité, que giraba su rueca en la cocina.

Paseaban juntas a lo largo de la espaldera; y hablaban siempre de Virginie, se preguntaban si tal cosa le habría gustado, qué habría dicho probablemente en tal ocasión.

Todas sus pequeñas cosas ocupaban un armario en la habitación con las dos camas. La señora Aubain las revisaba lo menos posible. Un día de verano, se resignó; y unas mariposas salieron volando del armario.

Sus vestidos estaban alineados bajo una tabla en la que había tres muñecas, aros, un menaje, la bacinilla que utilizaba. Sacaron igualmente las faldas, las medias, los pañuelos, y los extendieron sobre las dos camas, antes de volver a doblarlos. El sol iluminaba aquellos pobres objetos, haciendo visibles las manchas y las arrugas formadas por los movimientos del cuerpo. El aire era caliente y azul, un mirlo gorjeaba, todo parecía vivir en una dulzura profunda. Encontraron un sombrero de peluche, de pelos largos, color marrón, pero estaba todo comido por polillas. Félicité lo pidió para ella. Ambas se miraron fijamente, sus ojos se llenaron de lágrimas; finalmente el ama abrió los brazos, la criada se arrojó a ellos; y se abrazaron, calmando su dolor en un beso que las hacía iguales.

Era la primera vez en sus vidas, pues la señora Aubain no era de naturaleza expresiva. Félicité se lo agradeció como si se tratase de un obsequio, y a partir de ese momento la quiso con una devoción animal y una veneración religiosa.

La bondad de su corazón se desplegó.

Cuando escuchaba en la calle los tambores de un regimiento en marcha, salía a la puerta con una jarra de sidra y les ofrecía de beber a los soldados. Cuidó a los enfermos de cólera. Protegía a los polacos, e incluso hubo uno que declaró que quería desposarla. Pero discutieron, pues una mañana, al volver del Ángelus, lo encontró en la cocina, en la que se había metido y se había preparado una vinagreta que comía tranquilamente.

Después de los polacos, fue el padre Colmiche, un viejo que tenía fama de haber cometido horrores en el 93. Vivía al borde del río, en los escombros de una porqueriza. Los chicos lo miraban por las grietas de la pared, y le lanzaban piedras que caían en su catre, donde yacía, continuamente sacudido por un catarro, con el cabello muy largo, los párpados inflamados y en el brazo un tumor más grande que su cabeza. Ella le dio ropa, intentó limpiar su tugurio, soñaba con instalarlo en el cuarto del horno, de un modo en que él no molestara a la señora. Cuando el cáncer reventó, lo vendaba todos los días, algunas veces le llevaba pastel, lo ponía al sol sobre un fardo

de paja; y el pobre viejo, babeando y temblando, le agradecía con su voz apagada, temía perderla, estiraba las manos en cuanto la veía alejarse. Él murió; ella mandó decir una misa por el descanso de su alma.

Aquel día recibió una gran alegría: a la hora de comer, el negro de la señora de Larsonnière se presentó, sujetando el loro en su jaula, con la percha, la cadena y el candado. Una nota de la baronesa le anunciaba a la señora Aubain que, como su marido había sido promovido a una prefectura, partían en la noche; y le rogaba que aceptara aquel pájaro, como un recuerdo, y en testimonio de su deferencia.

Este ocupaba desde hacía mucho tiempo la imaginación de Félicité, pues venía de América, y esta palabra le recordaba a Victor, de modo que le pedía al negro información sobre él. Una vez incluso había dicho: “¡Es la señora la que estaría feliz de tenerlo!”

El negro le había repetido estas palabras a su ama, que, al no poder llevárselo, se libraba de él de ese modo.

IV

SE LLAMABA LOULOU. SU CUERPO ERA VERDE, LA punta de sus alas rosada, la frente azul y el pecho dorado.

Pero tenía la agotadora manía de morder su percha, se arrancaba las plumas, desparramaba sus desechos, regaba el agua de su bañera; la señora Aubain, a quien irritaba, se lo dio para siempre a Félicité.

Ella se dedicó a instruirlo; en poco tiempo, él repitió: “¡Niño encantador! ¡A su servicio, señor! ¡Ave María!”. Estaba ubicado junto a la puerta, y varios se extrañaban de que no respondiera al nombre de Jacquot, pues todos los loros se llamaban Jacquot. Lo comparaban con un pavo, con un tarado: ¡todas puñaladas para Félicité! ¡Extraña obstinación de Loulou, dejar de hablar en cuanto lo miraban!

Sin embargo, buscaba compañía; pues los domingos, mientras esas señoritas Rochefeuille, el señor de Houpeville y nuevos invitados habituales: Onfroy el boticario, el señor Varin y

el capitán Mathieu, jugaban su partida de cartas, él golpeaba los vidrios con las alas, y se agitaba tan furiosamente que era imposible escucharse.

El rostro de Bourais, sin duda, le parecía muy gracioso. Apenas lo avistaba, empezaba a reírse, a reírse con todas sus fuerzas. Los estruendos de su voz brincaban en el patio, el eco los repetía, los vecinos se asomaban a sus ventanas, se reían también; y, para que el loro no lo viera, el señor Bourais se pegaba contra la pared, escondiendo su perfil con el sombrero, llegaba al río y después entraba por la puerta del jardín; y las miradas que le lanzaba al pájaro carecían de ternura.

Loulou había recibido un capirotazo del chico del carnicero, al haberse tomado la libertad de meter la cabeza en su cesta; y desde entonces intentaba siempre pellizcarlo a través de la camisa. Fabu amenazaba con torcerle el pescuezo, aunque no fuera cruel, pese al tatuaje en los brazos y sus gruesas patillas. ¡Por el contrario! Tenía más bien cierta predilección por el loro, hasta el punto de querer, por humor jovial, enseñarle palabrotas. Félicité, a la que asustaban aquellos comportamientos, lo puso en la cocina. Se le retiró la cadena y andaba por toda la casa.

Cuando bajaba la escalera, apoyaba en los peldaños la curva del pico, levantaba la pata derecha, luego la izquierda;

y a ella le daba miedo que una gimnasia semejante le causara mareos. Se enfermó, ya no podía hablar ni comer. Tenía un espesor debajo de la lengua, como el que tienen a veces las gallinas. Ella lo curó, arrancándole esa película con las uñas. El señor Paul, un día, cometió la imprudencia de soplarle en las fosas nasales el humo de un cigarro; otra vez en que la señora Lormeau lo fastidiaba con la punta de su sombrilla, le agarró con el pico la virola; al final se perdió.

Ella lo había puesto sobre la hierba para que se refrescara, se ausentó un minuto; y, cuando volvió, ¡ya no había loro! Al comienzo lo buscó en los arbustos, al borde del agua y sobre los techos, sin escuchar a su ama que le gritaba: “¡Tenga cuidado! ¡Está loca!”. Luego examinó todos los jardines de Pont-l’Évêque; y detenía a los transeúntes. “¿Por casualidad no habrá visto a mi loro?”. A aquellos que no conocían al loro, les hacía la descripción. De repente, creyó distinguir detrás de los molinos, al pie de la cuesta, una cosa verde que revoloteaba. Pero en lo alto de la cuesta, ¡nada! Un vendedor ambulante le aseguró que lo había visto hacía un instante, en Saint-Melaine, en la tienda de la madre Simon. Ella corrió hasta allí. No sabían lo que quería decir. Al fin regresó, agotada, las chanclas hechas trizas, la muerte en el alma; y, sentada en medio de la banca, junto a la señora, contaba todas sus andanzas, cuando un peso ligero

le cayó en el hombro, ¡Loulou! ¿Qué diablos había hecho? ¡Quizá había dado un paseo por los alrededores!

A ella le costó mucho recuperarse de esto, o más bien no se recuperó nunca.

A causa de un resfriado, contrajo una angina; poco tiempo después, un dolor de oídos. Tres años más tarde, estaba sorda; y hablaba muy fuerte, incluso en la iglesia. Si bien sus pecados habrían podido, sin deshonra para ella ni inconveniente para el mundo, difundirse por todos los rincones de la diócesis, el señor cura juzgó apropiado no recibir su confesión más que en la sacristía.

Unos zumbidos ilusorios terminaban de perturbarla. Su ama a menudo le decía: “¡Dios mío! ¡Qué tonta eres!”; ella respondía: “Sí, señora”, buscando algo a su alrededor.

El pequeño círculo de sus ideas se contrajo aún más, y el repicar de las campanas, el mugido de los bueyes ya no existían. Todos los seres funcionaban con el silencio de los fantasmas. Un solo ruido llegaba ahora a sus oídos, la voz del loro.

Como para distraerla, él reproducía el tictac del asador, el pregón agudo de un vendedor de pescado, la sierra del carpintero de enfrente; y, cuando sonaba la campanilla, imitaba a la señora Aubain, “¡Félicité! ¡La puerta! ¡La puerta!”.

Sostenían diálogos, él, repitiendo hasta la saciedad las tres frases de su repertorio, y ella, respondiendo con palabras sin mucho sentido, pero en las que su corazón se desbordaba. Loulou, en su aislamiento, era casi un hijo, un enamorado. Le escalaba los dedos, le mordisqueaba los labios, se agarraba de su pañoleta; y, cuando ella inclinaba la frente balanceando la cabeza como las nodrizas, las grandes alas del gorro y las alas del pájaro se estremecían juntas.

Cuando las nubes se amontonaban y el trueno retumbaba, él daba chillidos, acordándose quizá de los aguaceros de sus bosques natales. El correr del agua excitaba su delirio; revoloteaba enloquecido, subía hasta el techo, lo tumbaba todo, y por la ventana se iba a chapotear en el jardín; pero volvía rápido a posarse en uno de los morillos y, brincando para secarse las plumas, mostraba ahora la cola, ahora el pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837, en la que lo había puesto frente a la chimenea, a causa del frío, lo encontró muerto, en medio de su jaula, cabeza abajo y con las uñas en los alambres. Sin duda, una congestión lo había matado, ¿o no? Ella creyó que lo habían envenenado con perejil; y, a pesar de no tener ninguna prueba, sus sospechas recayeron en Fabu.

Lloró tanto que su ama le dijo: “¡Bueno! ¡Mándelo a disecar!”.

Le pidió consejo al farmaceuta, que siempre había sido bueno con el loro.

Él escribió a Le Havre. Un tal Fellacher asumió esta tarea. Pero, como la diligencia extraviaba algunas veces los paquetes, ella resolvió llevarlo personalmente hasta Honfleur.

Los manzanos sin hojas se sucedían a lado y lado de la carretera. Las cunetas estaban cubiertas de hielo. Unos perros ladraban alrededor de las granjas; y, las manos debajo de la manteleta, con sus pequeños zuecos negros y su cesta, caminaba deprisa por la mitad de la calzada.

Atravesó el bosque, pasó Haut-Chêne, llegó a Saint-Gatien.

Detrás de ella, en medio de una nube de polvo e impulsada por la pendiente, una diligencia postal se precipitaba a todo galope como una tromba. Al ver a esta mujer que no se inmutaba, el conductor se asomó por encima de la capota, y el postillón también gritaba, mientras que los cuatro caballos, que no podía retener, aceleraban el paso; los dos primeros ya la rozaban; con una sacudida de las riendas, los echó al arcén, pero furioso levantó el brazo y, con toda su fuerza, con su enorme látigo, la azotó del vientre a la nuca con un golpe tal que ella cayó de espaldas.

Su primer gesto, cuando recobró el conocimiento, fue abrir su canasta. Loulou estaba intacto, felizmente. Sintió una quemadura en la mejilla derecha; las manos, que allí se llevó, estaban rojas. La sangre corría.

Se sentó sobre una pila de piedras, se secó el rostro con el pañuelo, después se comió una corteza de pan, que había puesto en la canasta por precaución, y se consolaba por su herida mirando al pájaro.

Al llegar a la cima de Ecquemauville, divisó las luces de Honfleur que centelleaban en la noche como un cúmulo de estrellas; el mar, más lejos, se extendía confusamente. Entonces una debilidad la detuvo; y la miseria de su infancia, la decepción del primer amor, la partida de su sobrino, la muerte de Virginie, como las olas de una marea, volvieron a la vez y, subiéndosele a la garganta, la sofocaban.

Después quiso hablar con el capitán del barco; y, sin decir qué era lo que enviaba, se lo recomendó.

Fellacher conservó por largo tiempo al loro. Lo prometía siempre para la semana siguiente; al cabo de seis meses, anunció el envío de una caja; y no se habló más del asunto. Era como para creer que Loulou jamás volvería. “Me lo habrán robado”, pensaba ella.

Al fin llegó: espléndido, erguido sobre una rama de árbol, que se atornillaba a un pedestal de caoba, una pata en el aire, la cabeza oblicua y mordiendo una nuez, que el taxidermista por amor a lo grandioso había dorado.

Ella lo guardó en su cuarto.

Este lugar, en el que admitía a pocas personas, tenía al mismo tiempo el aire de una capilla y de un bazar, tantos objetos religiosos y cosas heteróclitas contenía.

Un gran armario estorbaba para abrir la puerta. Enfrente de la ventana que dominaba el jardín, un ojo de buey tenía vista al patio; una mesa, cerca de la cama de tijera, soportaba un tarro de agua, dos peines y un cubo de jabón azul en un plato desportillado. Se veían en las paredes: rosarios, medallas, varias vírgenes, una benditera hecha de cáscara de coco; sobre la cómoda, cubierta con un paño como un altar, la caja hecha de conchas que le había dado Victor; además, una regadera y un balón, cuadernos de escritura, la geografía en estampas, un par de botines; y en el clavo del espejo, colgado de las cintas, ¡el sombrerito de peluche! Félicité llevaba esta clase de respeto tan lejos que conservaba incluso una de las levitas del señor. Todos los vejestorios que ya no quería la señora Aubain, los cogía para su cuarto. Es así que había flores artificiales en el borde de la cómoda, y el retrato del conde de Artois en el hueco de la claraboya.

Haciendo uso de una tablilla, Loulou quedó instalado sobre una saliente de la chimenea que sobresalía en el aposento. Cada mañana, al despertarse, lo veía con la claridad del alba, y se acordaba entonces de los días desaparecidos y de

las acciones insignificantes hasta en sus menores detalles, sin dolor, llena de tranquilidad.

Sin comunicarse con nadie, vivía en medio de un letargo de sonámbula. Las procesiones del Corpus Christi la reanimaban. Iba a las casas de los vecinos a pedir candelabros y tapetes, con el fin de embellecer el altar que levantaban en la calle.

En la iglesia, contemplaba siempre al Espíritu Santo, y notó que él tenía algo del loro. Su semejanza le pareció aún más manifiesta en una imagen de Épinal, que representaba el bautismo de Nuestro Señor. Con sus alas púrpuras y su cuerpo de esmeralda, era el vivo retrato de Loulou.

Tras comprarla, la colgó en el lugar del conde de Artois, de suerte que, de una misma ojeada, los veía a ambos. Se asociaron en su pensamiento, el loro resultaba santificado por esta relación con el Espíritu Santo, que se volvía más vivo a sus ojos y más inteligible. El Padre, para expresarse, no había podido elegir una paloma, pues aquellos animales no tienen voz, sino más bien a uno de los ancestros de Loulou. Y Félicité rezaba mirando la imagen, pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el pájaro.

Tuvo el deseo de unirse a las hijas de María. La señora Aubain la disuadió.

Surgió un acontecimiento importante: el matrimonio de Paul.

Después de haber sido al comienzo asistente de notario, y después en el comercio, en la aduana, en los impuestos, e incluso de haber comenzado los trámites para las aguas y bosques, a los treinta y seis años, de repente, por una inspiración del cielo, había descubierto su camino: ¡el registro! Y allí demostraba tan altas facultades que un verificador le había ofrecido a su hija, prometiéndole su protección.

Paul, ahora serio, la llevó a casa de su madre.

Ella denigró las costumbres de Pont-l'Évêque, se hizo la princesa, ofendió a Félicité. Cuando se marchó, la señora Aubain sintió un alivio.

La semana siguiente, se supo de la muerte del señor Bourais, en Bretaña baja, en un albergue. El rumor de un suicidio se confirmó; surgieron dudas sobre su probidad. La señora Aubain examinó sus cuentas y no tardó en conocer la plétora de sus infamias: desvíos de pagos atrasados, ventas de madera ocultas, recibos falsos, etc. Además, tenía un hijo natural, y “relaciones con una persona de Dozulé”.

Estas vilezas la afligieron mucho. En marzo de 1853, le dio un dolor en el pecho; su lengua parecía cubierta de humo, las sanguijuelas no calmaron la opresión; y la novena noche expiró, con exactamente setenta y dos años.

La creían menos vieja, a causa de su cabello castaño, cuyas bandas rodeaban su lívido rostro, picado de viruelas.

Pocos amigos la lloraron, al ser sus maneras de una altivez que distanciaba.

Félicité la lloró, como no se llora a los amos. Que la señora muriera antes que ella perturbaba sus ideas, le parecía contrario al orden de las cosas, inadmisibile y monstruoso.

Pasados diez días (el tiempo de acudir desde Besançon), aparecieron los herederos. La nuera esculcó los cajones, escogió unos muebles, vendió los otros, y después volvieron al registro.

El sillón de la señora, su velador, su estufilla, las ocho sillas, ¡se habían ido! El lugar de los grabados se dibujaba con cuadrados amarillos en medio de las divisiones. Se habían llevado los dos caires, con sus colchones, y dentro del armario ya no se veía ninguna de las cosas de Virginie! Félicité subió las escaleras, ebria de tristeza.

Al día siguiente había un cartel en la puerta; el boticario le gritó al oído que la casa estaba a la venta.

Ella se tambaleó y se vio obligada a sentarse.

Lo que más la afligía era abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre Loulou. Envolviéndolo con una mirada de angustia, imploraba al Espíritu Santo, y contrajo el hábito idólatra de decir sus oraciones arrodillada frente al loro. Algunas veces, el sol que entraba por la claraboya golpeaba el ojo de vidrio de Loulou, y hacía brotar un gran rayo luminoso que la ponía en éxtasis.

Tenía una renta de trescientos ochenta francos, que su ama le había legado. El jardín la abastecía de verduras. En cuanto a la ropa, tenía con qué vestirse hasta el fin de sus días, y economizaba la luz acostándose con el crepúsculo.

No salía casi nunca, para evitar la tienda del vendedor de baratijas, en la que se exhibían algunos de los muebles antiguos. Desde su desfallecimiento, arrastraba una pierna; y, con sus fuerzas menguantes, la madre Simon, arruinada con el almacén, iba todas las mañanas a partir su leña y a bombear el agua.

Sus ojos se debilitaron. Las persianas ya no se abrían. Pasaron muchos años. Y la casa no se arrendaba ni se vendía.

En medio del temor de que la echaran, Félicité no pedía ninguna reparación. Los listones del techo se pudrían; durante todo un invierno su almohada se mojó. Después de las Pascuas, escupió sangre.

Entonces la madre Simon recurrió a un doctor. Félicité quiso saber lo que tenía. Pero, demasiado sorda para oír, solo pudo captar una palabra: “Neumonía”. Le era conocida, y contestó suavemente: “¡Ah! ¡Como la señora!”, pareciéndole natural seguir a su ama.

La época de los altares se aproximaba.

El primero estaba siempre al pie de la cuesta, el segundo delante del correo, el tercero hacia la mitad de la calle. Hubo

rivalidades a propósito de este; y las parroquianas escogieron finalmente el patio de la señora Aubain.

Las opresiones y la fiebre aumentaban. Félicité se mortificaba por no hacer nada para el altar. ¡Si al menos hubiese podido poner algo en él! Entonces pensó en el loro. No era apropiado, objetaron las vecinas. Pero el cura concedió el permiso; esto la hizo tan feliz que le rogó aceptar, cuando ella se muriera, a Loulou, su única riqueza.

Del martes al sábado, víspera del Corpus Christi, tosió con más frecuencia. Por la noche su rostro estaba contraído, los labios se le pegaban a las encías; aparecieron vómitos; y al día siguiente, al amanecer, sintiéndose muy mal, mandó llamar a un padre.

Tres buenas mujeres la rodeaban durante la extremaunción. Después declaró que necesitaba hablar con Fabu.

Él llegó en atuendo de domingo, incómodo en medio de aquella atmósfera lúgubre.

“Perdóneme”, dijo ella haciendo un esfuerzo por extender el brazo, “¡creía que era usted el que lo había matado!”.

¿Qué significaban semejantes habladerías? ¡Sospechar que había cometido un asesinato, un hombre como él! Y se indignaba, iba a armar un alboroto. “¡Ella ya no tiene cabeza, usted lo ve perfectamente!”.

Félicité de vez en cuando les hablaba a unas sombras. Las buenas mujeres se apartaron. La madre Simon almorzó.

Un poco más tarde, tomó a Loulou y, acercándolo a Félicité:
—¡Vamos!, ¡dígame adiós!

Aunque no fuese un cadáver, los gusanos lo devoraban; una de sus alas estaba rota, la estopa se le salía del vientre. Pero, ahora ciega, ella lo besó en la frente y lo sujetaba contra su mejilla. La madre Simon lo volvió a coger para ponerlo en el altar.

V

DE LOS PRADOS EMANABA EL OLOR DEL VERANO; unas moscas zumbaban; el sol hacía resplandecer el río, calentaba las pizarras. La madre Simon, de regreso en el cuarto, se dormía tranquilamente.

Unas campanadas la despertaron; salían de las vísperas. El delirio de Félicité cesó. Pensando en la procesión, la veía, como si la hubiera seguido.

Todos los niños de las escuelas, los chantres y los bomberos caminaban sobre las aceras, mientras que por la mitad de la calle avanzaban, en primer lugar: el pertiguero armado con su alabarda, el sacristán con una gran cruz, el maestro que vigilaba a los chicos, la monja preocupada por sus niñas; tres de las más bonitas, rizadas como ángeles, lanzaban al aire pétalos de rosas; el diácono, con los brazos extendidos, moderaba la música; y dos monaguillos con incensarios se volteaban a cada paso hacia el Santísimo Sacramento, que

llevaba, bajo un palio de terciopelo rojo vivo sostenido por cuatro miembros de la fábrica, el señor cura, en su hermosa casulla. Atrás un mar de personas se empujaba, entre los manteles blancos que cubrían las paredes de las casas; y llegaron al pie de la cuesta.

Un sudor frío mojaba las sienes de Félicité. La madre Simon la enjugaba con un paño, diciéndose que un día tendría que pasar por eso.

El murmullo de la multitud creció, por un momento fue muy fuerte, se alejaba.

Una descarga de fusil hizo temblar los vidrios. Eran los postillones saludando la custodia. Félicité abrió los ojos y dijo, lo menos bajo que pudo:

“¿Él está bien?”, atormentada por el loro.

Su agonía comenzó. Un estertor, cada vez más precipitado, le levantaba las costillas. Se le formaban burbujas de espuma en las esquinas de la boca, y todo el cuerpo le temblaba.

Poco después, se distinguió el ronquido de los oficleidos, las voces claras de los niños, la voz profunda de los hombres. Todo se callaba a intervalos, y el golpe de los pasos, amortiguado por flores, hacía el ruido de un rebaño sobre el césped.

El clero apareció en el patio. La madre Simon se encaramó a una silla para alcanzar la claraboya, y de esta manera veía desde arriba el altar.

Guirnaldas verdes pendían sobre él, adornado con un volante de punto de Inglaterra. Había en el centro un pequeño cuadro que contenía reliquias, dos naranjos en las esquinas y, a todo lo largo, candelabros de plata y floreros de porcelana, de los que se elevaban girasoles, lirios, peonías, dedaleras, ramas de hortensias. Este montón de colores resplandecientes descendía oblicuamente, del segundo piso hasta el tapete, prolongándose sobre la calzada; y raros objetos atraían las miradas.

Una azucarera de plata dorada tenía una corona de violetas, colgantes de piedras de Alençon brillaban sobre el musgo, dos biombos chinos mostraban sus paisajes. Loulou, oculto bajo rosas, no dejaba ver más que su frente azul, igual a una capa de lapislázuli.

Los miembros de la fábrica, los chantres, los niños se alinearon en los tres costados del patio. El padre subió lentamente los escalones y posó sobre el encaje su gran sol de oro que resplandecía. Todos se arrodillaron. Se hizo un gran silencio. Y los incensarios, en amplias oscilaciones, se deslizaban en sus cadenas.

Un vapor celeste subió al cuarto de Félicité. Ella movió hacia adelante la nariz, aspirándolo con una sensualidad mística; después cerró los párpados. Sus labios sonreían. Los movimientos de su corazón se desaceleraron uno a uno, más

vagos cada vez, más dulces, como una fuente se agota, como un eco desaparece; y, cuando exhaló su último suspiro, creyó ver, en los cielos entreabiertos, un loro gigantesco, planeando sobre su cabeza.



NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta nueva traducción de *Un corazón sencillo* es de Alfonso Conde Rivera, ganador de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2020. La edición original que se usó de referencia fue *Trois contes* (Paris, Flammarion, 1986), hecha por Pierre-Marc de Biasi.



GUSTAVE FLAUBERT

Es uno de los más destacados escritores franceses del siglo XIX (Ruan, 1821-Croisset 1880). Dedicó su vida a crear una obra cuyo estilo fuera capaz de reflejar verazmente la realidad. Su novela más famosa es *Madame Bovary* (1857), cuya publicación le supuso un juicio por atentado a la moral. Otras de sus obras fueron las novelas *Salambó* (1862), *La educación sentimental* (1869), *La tentación de san Antonio* (1874) y *Bouvard y Pecuchet* (publicada póstumamente), además del *Diccionario de lugares comunes* (que tampoco fue publicado en vida del autor), cuya intención era criticar las tonterías que, consideraba, abundaban en la sociedad; en este diccionario definió, entre muchas otras, la palabra “Ilusiones”: “Presumir de tener muchas, lamentar que se las ha perdido”.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 37 | CUENTOS LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> |
| 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>Saki</i> | 38 | CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 41 | CUENTOS LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia</i> |
| 32 | CUENTOS LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós</i> |
| 34 | CUENTOS LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | | |

- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS
INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 61** CANTOS POPULARES
DE MITIERRA
Candelario Obeso
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 75** ANACONDA Y OTROS
CUENTOS
Horacio Quiroga
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguénev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS
ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON ALPACAS
ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA
DE CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES
Y VELAS. TEXTOS
PORTUGUESES SOBRE
EL MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y
BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE
MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez
- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole

- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores
- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 80 de nuestros títulos.



RUSO



Un corazón sencillo fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento cincuenta y tres, y se imprimió en el mes de febrero del año 2022 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

153

“Durante medio siglo, la criada de la señora Aubain,
Félicité, fue la envidia de las señoras burguesas
de Pont-l'Évêque [...]”



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al
viento



MUNICIPALIDAD
DE BOGOTÁ D.C.

INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ